

Prigioneri della Guerra.

Este documental de 1996 es la primera parte de la Trilogía de la Guerra de Gianikian y Ricci- Lucchi. La obra está compuesta por una selección de material de archivo de la Primera Guerra Mundial. Aunque puede considerarse como una de sus películas más contemplativas, contiene fragmentos de una gran dureza. El espectador es consciente de los devastadores efectos creados por un conflicto armado a nivel mundial sin necesidad de elaborar un discurso artificioso. La mayoría de las secuencias son largos planos fijos donde los personajes anónimos se mueven (o no) dentro del encuadre. La cámara es un ojo observador, objetivo ante los desastres de la guerra.

La película está dividida en cuatro bloques, separados por títulos y por las distintas piezas musicales de Giovanna Marini, que nada tiene que ver con la compuesta por Ullrich. La frialdad de lo electrónico da paso a la emoción de lo instrumental y al lamento de la voz.

El eje central de este filme y la manera en la que se ha estructurado el material está íntimamente relacionado con las consecuencias de la guerra, en concreto, con el desplazamiento del individuo de su tierra natal. La obligada ubicación del hombre en un lugar que no le pertenece se asemeja a lo que Gianikian y Ricci-Lucchi puede entender como presidio.

El primer fragmento está dedicado a la repatriación de soldados en Austria. Lo más destacado de este primer episodio es el desfile continuo de soldados que pasan por delante del cinematógrafo que los está registrando. En algunos instantes la acción se acelera como consecuencia de la manipulación en la edición del material. De esta forma, se subraya la magnitud de la repatriación de los soldados. El efecto de la aceleración de la imagen se convierte en un instrumento dramático.

Gianikian y Ricci-Lucchi aglutinan una serie de archivos en los que el movimiento de hombres se asemeja al de la mercancías, como si de ganado se tratase. De hecho, una de las escenas más impactantes del documental es aquella en la que se mata una vaca para descuartizarla, momento que los montadores italianos repiten dentro del metraje restaurado y a cámara lenta.

El segundo fragmento recoge grabaciones de los orfanatos. Los protagonistas de los campos de refugiados son ahora niños, que juegan desconociendo la realidad exterior. Al fin y al cabo, el orfanato supone una forma de presidio, más triste aún si tenemos en cuenta la inocencia y la soledad de los niños que allí habitan.

En la tercera parte del documental se nos muestra el camino de regreso al hogar devastado. Familias anónimas intentan sobrevivir tras la destrucción. Los reconocimientos médicos que tanto nos recuerdan a los archivos de la Segunda Guerra Mundial y los campos de concentración, son imágenes que nos recuerdan también que los desastres de la historia se repiten.

El último episodio, titulado L'attacco, la ritirata, la disfatta, está, a su vez dividido en partes más pequeñas, para describir el proceso más primitivo de la guerra: el ataque de las tropas, la retirada de los vencidos y el enterramiento de los cadáveres que las armas han dejado a su paso. En este último capítulo podemos apreciar un recurso bastante parecido al utilizado en el caso de las repatriaciones. La cámara permanece inmóvil durante varios minutos mientras los cadáveres caen en la fosa común uno tras otro. Algunos de los ahí presentes miran directamente a la cámara, impasibles, sin comprender el porqué de su presencia es esa escena del horror. Quizá ese personaje que “observa al observador” nos está diciendo que la cámara, como máquina, tiene sus limitaciones y no tiene la capacidad de abarcar en su totalidad la esencia del hecho que pretende registrar. La experiencia de ese personaje anónimo nunca podrá ser la misma del espectador colocado frente a la pantalla, porque la memoria no sólo está compuesta de imágenes